

LITERATURA / MUNDO

Tres despachos arendtianos

El Ciudadano · 19 de febrero de 2017

Así es ella: ni de derecha, ni de izquierda; ni marxista, ni liberal; ni progresista, ni conservadora; así es incluso "Los orígenes del totalitarismo": ni liberal ni marxista.





El totalitarismo (la izquierda). La fórmula va más o menos así: cuando la izquierda empieza a usar el lenguaje arendtiano, deja de ser la izquierda. Siempre lo he pensado y vi esta ley en acción en múltiples ocasiones. Este también es el argumento de Slavoj Žizek: la elevación de Hannah Arendt (1906-1975) a autoridad intocable después de 1989 –incluso por los que antes la veían solo como “la artífice de la principal arma ideológica de la *guerra fría*” [el totalitarismo]– marca la derrota de la izquierda (*¿Quién dijo totalitarismo?*, 2001, p. 2-3). Ni modo, leerla. O hacerlo como E. Traverso: desde la izquierda, rescatando lo rescatable (véase: *El final de la modernidad judía*, 2013, p. 113-150). El capítulo dedicado a Arendt parece patrocinado por la palabra inclasificable.

Así es ella: “ni de derecha, ni de izquierda; ni marxista, ni liberal; ni progresista, ni conservadora (p. 144); así es incluso *Los orígenes del totalitarismo* (1951): fuera de liberalismo, marxismo, funcionalismo (p. 136). Leídos desde el *mainstream*, como el clásico argumento contra el comunismo, son en realidad un cuestionamiento radical a la historia del Occidente y un libro bastante incómodo. Para Arendt –al contrario de lo que quieren los liberales-conservadores–, el totalitarismo no es una amenaza externa, sino fruto de su propia crisis y su producto genuino, cuyas premisas eran el antisemitismo y

el imperialismo. Claramente hay serias limitaciones en su teoría del totalitarismo (la yuxtaposición nazismo/estalinismo que abona a la narrativa de dos totalitarismos) o en su pensamiento en general (que degenera en una abstracta defensa de la libertad a costa de las luchas emancipatorias/anticoloniales), pero al final su canonización póstuma impide verla en todas sus complejidades (p. 150).

El Estado-nación. Su crítica no solo ocupa un lugar notable en *Los orígenes...* (Cap. 9: El declive del Estado-nación y el fin de los derechos del hombre, p. 267-290), sino en su tiempo está detrás de una controversia: su distanciamiento de Israel, fundado en el nacionalismo y los criterios étnicos del siglo XIX, que ella rechaza (de allí también su decisión de abrazar a EEUU, supuestamente algo diferente). Luego el tema desaparece, pero hoy regresa recargado con la crisis de los refugiados. De hecho, es justo donde se origina. En los 30 Arendt comienza a contemplar la cuestión judía y desarrollar el concepto del paria –del cual el judío es un tipo ideal–, que estudia a partir de la crisis de los refugiados post-Primera Guerra Mundial. El hundimiento de los imperios multiétnicos y el surgimiento de un mosaico de frágiles estados nacionales –más revoluciones, contrarrevoluciones y el choque de nacionalismos– dan origen a millones de personas sin estatus jurídico ni pertenencia nacional frente a los cuales el mundo se muestra impotente [¿suena familiar?].

Estos individuos superfluos, fuera de la ley, sin derecho a tener derechos, expulsados de la humanidad y condenados al acosmismo son para Arendt –ella misma luego refugiada y apátrida por 18 años– la muestra del fracaso del Estado-nación, “que no sabe disociar la ciudadanía del *ethnos* y solo fabrica apátridas”. La siguiente crisis de los 30/40 y las masivas revocaciones de la ciudadanía por los nazis confirman aún más su análisis. Lo deja claro en un corto texto, *We refugees* (1943), que G. Agamben retoma en su propio ensayo *We refugees* (1995) para hablar –i...ya hace 22 años!– de la crisis de los refugiados en el mundo y del excesivo Estado-centrismo: los derechos que manejamos se basan solo en este, no en algo más universal [¿suena familiar?].

El totalitarismo (Trump). Un nuevo *trend* recorre el mundo: el *trend* de redescubrir a autores que sabían que venía Trump, y no puede faltar Arendt en él. La mayoría de otros casos –ejercicios de leer el presente *ex post*– solo abonan al mal análisis político e

histórico. Igual el gran retorno de *Los orígenes...*, un libro de enorme actualidad y relevancia que junto con otras críticas anti-totalitarias, como *1984* de Orwell [Occidente y sus *fake news* y posverdad se ve reflejado en el], lidera las ventas e incluso se agota en Amazon: su lectura *mainstream* ignora lo mejor de ellos (la crítica de Occidente o del Estado-nación) y retoma por lo general lo peor (nazismo=estalinismo). Es justo esta yuxtaposición internalizada por el liberalismo lo que está detrás del *mishmash* ideológico (basta ver la prensa mundial), en que Trump es Hitler y Stalin a la vez y su mano derecha Bannon un leninista, aunque –si ya hay que comparar– se parece más a Goebbels y no lee a Lenin, sino a los teóricos fascistas (J. Evola).

Pero incluso voces que llaman a la mesura en comparar lo que hay en *Los orígenes...* con la situación en los EEUU yerran donde podrían acertar: la islamofobia no está tan desarrollada como el antisemitismo, no hay que igualarlas (*The Guardian*, 1/2/17), aunque, como demuestra Traverso, la primera ya sustituyó de manera sistémica al segundo (*Pluto Press blog*, 10/8/16). En fin: para C. Robin –un agudo lector de Arendt–, para quien hablar de Trump como Hitler o Mussolini o del “nuevo totalitarismo es un poco tonto, si hay un libro suyo actual es más bien *Eichmann en Jerusalén* (1963), con sus figuras de un arribista y un colaboracionista, sin los cuales “el *trumpismo* no avanzaría” (*coreyrobin.com*, 23/12/16). Los vimos en los aeropuertos acatando órdenes inconstitucionales (*muslim ban*); los vemos en gobiernos de otros países que, aunque también sufran por Trump, siguen haciéndole el trabajo sucio en sus propias fronteras.

Coda. Recapitulemos: para Arendt, el totalitarismo es –entre otros– fruto del imperialismo, producto de la modernidad y la aparición de la gente superflua y la generalización de la *desciudadanización*: las maneras en que todo empieza.

Si alguien ya dijo totalitarismo, consideremos entonces cómo:

- El surgimiento del Estado de vigilancia (¡Orwell!) viene de las hazañas imperiales post-9/11;
- Trump no llega desde fuera, sino es hijo de la implosión de la globalización neoliberal,
- y el maltrato a los refugiados no conoce fronteras políticas y la *desciudadanización* está de moda desde los socialistas franceses hasta la derecha israelí.

Hay que ser ciego para hablar de la actualidad del pensamiento arendtiano y no hacer estas conexiones... o bien un liberal.

Maciek Wisniewski

[La Haine](#)

Fuente: [El Ciudadano](#)